

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, SETIEMBRE 1º DE 1873.

{ NUM. 43.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

¡Dichosos los niños que son dirigidos por buenos maestros, recomendables por su virtud y sabiduría!
"Estos son preciosos libros de moral para sus descendientes."

Cuando yo era niño como vosotros, iba á la escuela á aprender á leer, escribir y contar; y me tocó por la gracia de Dios un excelente maestro. Y digo por la gracia de Dios, porque á la verdad es una gracia que el Soberano Señor nos concede el ponernos bajo la dirección de un buen maestro.

El mio era jóven aún. Habia servido en el ejército español, y despues de prestar eminentes servicios á la patria en la gloriosa guerra de la independencia, recorrió toda la España. Sin embargo, no tenia ese aire arrogante y fanfarron que tan fácilmente se adquiere en la carrera militar.

En 1814 obtuvo su licencia absoluta, y se retiró del servicio con el grado de comandante.

Considerándose capaz de dirigir la educacion de los niños, pensó dedicarse á tan noble y honrosa

profesion. Estudió con aprovechamiento los mejores autores, se examinó y abrió una escuela pública, á la que yo asistí. Varios de sus amigos creyeron al principio que le seria imposible acostumbrarse á tan modesta ocupacion; pero él siempre les decia que la profesion de maestro de escuela es de las mas estimables y honrosas, porque nada hay mas importante que enseñar bien á los niños, que un dia han de llegar á ser hombres, ciudadanos, padres de familia; y que el mismo Jesucristo á quien en todo debemos imitar, se llamó *Maestro*, y dijo lleno de bondad: *«Dejad que los niños se acerquen á mí.»*

Mi buen maestro comprendió la necesidad de acompañar el ejemplo con la doctrina, y empezó por imponerse él mismo la obligacion de ser bueno, cariñoso y honrado; porque ¿cómo un malvado puede tener valor para recomendar y enseñar la virtud?

En su vida privada era un excelente padre, buen esposo, leal amigo, benéfico, morigerado y compasivo. No frecuentaba jamas las tabernas ni los billares: no dispensaba su amistad á los holgazanes: era el primero en cumplir los preceptos de la Iglesia: sabia de memoria los mejores trozos de la santa Biblia: entendia los salmos y proverbios de Salomon, y nos los explicaba con una paciencia edificante.

Siempre se le veia atento y contrito en el sermon,

abstraído en la santa misa y respetuoso con los sacerdotes. Así, cuando nuestros padres nos enviaban al templo, en lugar de pesadas advertencias é inútiles recomendaciones, solo nos decian: «andad, hijos míos, id á la iglesia, y haced lo que hace vuestro maestro.»

En la escuela era un modelo de cariño y de paciencia. Nos queria como á sus mismos hijos, sin hacer distincion entre el pobre y el rico; entre el que le regalaba y el que no podia hacerlo; entre el que iba ricamente vestido y el que solo llevaba una blusita ó chaqueta remendada, con tal que todos fuésemos aseados sin afectacion, con la cara lavada, las uñas cortadas y las manos limpias, porque decia que *la limpieza es hermana inseparable de la salud del cuerpo.*

A todos nos enseñaba con igual esmero. Vosotros, decia, todos sois mis hijos: todos criados por Dios y rescatados por Jesucristo. Todos moriréis igualmente, llevando solo á la presencia del Supremo Juez, por títulos..... vuestras acciones; por méritos..... vuestras virtudes.

Amáos como hermanos, porque este mundo no es mas que una familia numerosa. Consoláos en vuestras aficciones: alegráos de la dicha ajena: ayudáos mutuamente, y procurad con toda vuestra buena

voluntad la paz de vuestros semejantes, para hacer mas ligeros los males de este valle de lágrimas. Tened presente que *despues de esta vida de tránsito vendrá la verdadera, que es la bienaventuranza.*

—Entre los niños que iban á la escuela, habia algunos tan pobrecitos que muchas veces no tenian pan que llevar á la boca. Cuando los pupilos merendábamos, llenos de alegría, sin imaginar siquiera que otros niños como nosotros tenian hambre, que sufrían al ver la blancura de nuestro pan, que con miel ó manteca atormentaba su vista, nuestro buen maestro, siempre perspicaz, que nos conocia muy bien á todos, y que en la cara de aquellos niños leia los caracteres de la verdadera necesidad, se dirigia á nosotros y nos decia:—Vaya, hijos míos, venid acá y contestadme.—Si entre vosotros hubiere alguno que aun no hubiese comido hoy, que tuviera hambre, y que al véros merendar á vosotros despues de haber comido tan bien, estuviese sufriendo y callando, ¿qué haríais, hijos míos?

Nosotros contestábamos al instante sin titubear:—Partiríamos con él nuestra merienda de muy buena gana.—Yo se la daria toda, decia uno.—Yo le daria ademas las naranjas y los bizcochos que me trajo ayer mi mamá, decia otro.—Y todos buscábamos con afán aquel niño de quien nuestro buen maestro nos hablaba.

—Pues bien, decia, este es; y acariciaba al mismo tiempo la inclinada cabeza de un pobrecito niño, que, entre avergonzado y contento, lloraba y reía á la vez, besando las cariñosas manos del maestro. Todos corrimos á él, le abrazábamos, le compadeciamos, y despues de darle de comer todo lo que queria, le llenábamos los bolsillos de pan, frutas, dulces y bizcochos para su abuelita; por lo que iba á su casa brincando y bendiciendo á su buen maestro y á sus queridos compañeros.

¡Cuántas veces su anciana madre y su abuelita comieron bizcochos y no tenian pan!

¡Cuántas veces nos encomendaron en sus oraciones y nos bendijeron!

Nuestro maestro sabia recompensar muy bien estos actos de nuestro buen corazón. Sentiamos un verdadero placer al ver la alegría con que aquel niño comia lo que le dábamos, y nos satisfacía mas que si nosotros lo hubiéramos comido. ¡Qué sensación experimentábamos! *No hay, no, mayor bien que hacer bien á los pobres.* Hacedlo, mis queridos niños, y en vuestros corazones hallareis la recompensa.

Quiero tambien hablaros de la paciencia de mi maestro.

Habia entre nosotros algunos que nunca sabian la lección, y sin embargo, no eran perversos, porque *¿cómo ha de haber perversidad en la inocencia de la infancia?*—Eran enredadores, desobedientes, caprichosos y habladores. El señor maestro (como le llamábamos nosotros) los reprendía siempre con dulzura, haciéndoles ver el perjuicio que su mala conducta les causaría algun día.

Por lo regular siempre nos castigaba al día siguiente de cometer la falta, porque decia que para castigar bien es preciso que el maestro lo haga sin ira, y el discípulo haya tenido tiempo para conocer su culpa.

Cuando le dábamos algun disgusto, nuestro primer cuidado era recuperar su amor, y confesar nuestros yerros. Al que habia enfadado al señor maestro le rechazábamos los demas, huíamos de él, no le admitiamos en nuestros juegos, hasta que arrepentido obtenia su perdon: entonces volvía satisfecho á los brazos de sus amigos y compañeros.

A los pocos días de estar yo en la escuela, ya sabia yo deletrear, hacer palotes y conocer los números, pero era un tarambana, inquieto y hablador; no dejaba en paz á nadie. Parecia que mi cuerpo era de azogue. Distraía con mi conversacion á los que estaban á mi lado, ó (lo que es peor) les hacia rabiar. A uno le daba un capon, á otro un codazo cuando estaba escribiendo para que hiciese un garbato, ó le tiraba de la pluma para que se manchara los dedos; en fin, mi costumbre favorita era tirar pellizcos.

Mi querido maestro me reprendía con dulzura,

amonestándome á ser afectuoso para con los otros, y no intolerante ni díscolo. Yo le escuchaba y parecia que me avergonzaba; pero al siguiente día tornaba á mis malas mañas. Varias veces me amenazó con que daria parte á mi padre del mal camino que yo seguia para llegar á saber algo; pero yo no me enmendaba, y mi conducta era cada vez peor.

Una mañana me separó de mis compañeros, y me puso en una mesita solo y aparte en un extremo de la sala, desde donde no podia incomodar á nadie. Fingió que no hacia caso de mí para nada. Yo creí que aquella determinacion seria solamente por aquel día; pero al siguiente me dijo con mucha gravedad:—Ese es tu puesto por ahora. Haz lo que quieras. Yo te abandono, porque eres incorregible; y no volvió á dirigirme la palabra: no reparó en mí una sola vez..... Yo al menos lo creía así.

[Continuará]

La compostura de la guitarra.

(FABULA.)

A un barbero panarra
Se le cayó en la calle la guitarra,
No sé si por descuido ó por intento,
Pues el tal instrumento
Tenia á la verdad tan malas voces,
Que era guitarra de las mas atroces,
Y merecia bien que el tal amigo
La hiciera mil pedazos en castigo.

Condolido al oír el golpe fiero,
Alzóla un guitarrero

En cuatro ó cinco trozos dividida,
Y á su taller se la llevó en seguida,
Y tan bien la compuso y de tal modo,
Que desde entonces en el mundo todo
Guitarra superior jamas fué oída,
Siendo tan dulces sus sonoras voces,
Como antes del percance
Eran oscuras, ásperas y atroces.—

*Tal vez la adversidad descarga el palo
Que providente mano oculta mueve,
Y á eso solo se debe
Que se convierta en bueno el hombre malo.*

LAS DOS AGUILAS.

(FABULA.)

*Bueno es seguir en el mundo
Con ambos ojos abiertos:
Nadie hace caso de muertos,
Y en lo siguiente me fundo:*

Dos águilas á Melchor
Legó su padre Miguel,
Pidiéndole por favor
Que de una con el valor
Dijeran misas por él.

Puesto el difunto en la huesa,
Sacó las dos mi compadre,
Y una escapóse traviesa.—
El exclamó: «¿Sí? pues esa,
Por el alma de mi padre.»

MELITO Y EL GÜERO.



XI

Aprovecho esta oportunidad para mostrar á ustedes de bulto lo que son los goces de esta vida. Y nada importa que se trate aquí de un caramelo: para el caso, lo mismo es un caramelo en la boca de un niño, que una corona de oro y de perlas en la cabeza de un emperador. Dividamos la accion en minutos. Primer minuto: el pedazo de caramelo está en la boca de Melito; esto dá por resultado que Melito tenga un carrillo mas abultado que el otro; pero *ahí me las den todas*, dice él. Segundo minuto: el pe-

dazo de caramelo va derriéndose á gran prisa, y el contento de Melito se derrite en la misma proporcion. Tercer minuto: el pedazo de caramelo se ha derretido por completo. Melito vuelve á ponerse serio, y yo creo que se le ha renovado ya el recuerdo de la mala índole del Güero. Tres minutos, menos de tres, le duró el goce: ¿qué tal? Pues así, ni mas ni menos, son todos los goces materiales d hombre.



XII

Bien conoció el papá de Melito lo que habia de suceder: ¡ya se ve, como que á él mismo le ha pasado muchas veces otro tanto, y no con caramelos! Pero como le importa continuar buscando aquel papel, ó lo que sea, que tan preocupado le tiene, dá á su Melito otro pedazo de caramelo que tenia reservado para el caso de que el primero no operase la

curacion completa del chiquitin. Como ya le cayó nuevo quehacer, se vá Melito á la ventana á ver á los transeuntes, sin hacer caso por entonces ni del Güero, ni aun de su papá. Este es otro efecto de los goces materiales de la vida: nos hacen egoistas, lo cual quiere decir, que echamos en olvido, así lo que nos halaga como lo que nos apesadumbra.

EL LECHO DE ROSAS.

Mis queridos lectoritos: Como yo quisiera que vosotros todos fuérais muy amantes de todo lo que concierne á vuestra patria, me he propuesto contaros los hechos mas notables que en ella han acaecido.

Habeis de saber que en el año de 1519 nuestra querida México estaba habitada por la valiente raza de los Aztecas. El país era gobernado en aquella época por Moctezuma II, noveno rey de los Aztecas. Pero el día menos pensado vieron los indígenas algunos buques que se aproximaron á sus costas. En ellos venian los españoles al mando de Hernan Cortés, quienes se apoderaron del país, dominándolo durante el largo período de 300 años.

Después de Moctezuma, y aunque en realidad los españoles eran señores del país, reinó sobre los Aztecas el hermano de aquel, Cuítlahuatzin. Este príncipe vivió solamente tres ó cuatro meses sobre el trono, sucediéndole en él el joven Quauthemotzin, quien solo tenia entonces 25 años de edad. El fuego patrio que inflamaba su gran corazón, le hizo llevar á cabo rasgos heróicos que nuestra historia recoge con amor. Él defendió la capital de su reino hasta el último extremo; y cuando se vió obligado á abandonarla y fué hecho prisionero por el español Holguin, iba con la frente erguida; y fijando su centelleante mirada en el puñal que pendia del cinto de Cortés, «*Quitame, esclamó, una vida que no supe perder en defensa de mi país.*»

Ese rasgo de noble indignacion me parece tan sublime, que él solo bastaria á embellecer la simpática figura del rey Azteca; pero aun mas admirable encuentro la indomable entereza de que dió una innegable prueba en la ocasion que vais á oír.

La tierra de Anáhuac ha sido siempre reputada

como una de las mas ricas del mundo. Los españoles encontraron aquí innumerables riquezas, y eso, lejos de apagar, avivó mas y mas su sed de oro. Sabíase que los Aztecas habian ocultado un tesoro fabuloso, y creyeron que el destronado rey y su ministro eran sabedores del lugar en que estaba oculto. La codicia tentó al conquistador, y á pesar de las promesas que habia hecho á Quauthemotzin, hizo ponerle en tormento juntamente con Tezozomoc, su ministro, para obligarles á confesar su secreto. Las llamas quemaban despiadadamente los piés de ambos, y el ministro, que no poseia el alma de acero de su rey, obligado por tan horrible sufrimiento, le dirigió la palabra para rogarle que declarase, librándose así ambos de aquel suplicio. Creo ver la mirada de águila del rey cayendo abrasadora sobre el ministro, y oír salir de sus labios aquella frase que ha venido á ser tan célebre como la que Leonidas dirigió á Jerjes, y que pinta por sí sola la indómita fiereza del último monarca Azteca.

«¿Crees, dijo, crees que acaso estoy yo sobre un lecho de rosas?»

ANGELA LOZANO.

Agosto 14 de 1873.

LA CULEBRA Y EL MOSQUITO.

(FABULA.)

En el campo un labriego tendido
A sus solas dormir deseaba,
Y un mosquito que en torno zumbaba
No dejaba al labriego dormir.

Una mala y astuta culebra
Sorprender al dormido queria,
Y al mosquito, que así lo impedía,
De este modo empezóle á decir:

«Trompetilla endiablada es la tuya,
De la cual todo el mundo se queja,

Pues dormir ni aun al mísero deja,
A quien vienes la sangre á chupar:
¿Por qué, dí, mi silencio no imitas,
Contra el cual no hay defensa ni escudo?
Yo ahogaré á ese gañan con mi nudo,
Y sin riesgo podrásle picar.»

—«En verdad, el mosquito responde,
Que es muy digno de tí tal consejo;
Mas yo á nadie taladro el pellejo,
Sin decirle su riesgo mi son:

Enemigo del hombre, soy franco,
Y por eso le aviso se guarde:
*Solo es propio de un bicho cobarde
En silencio matar y á traicion.»*

LAS CONSECUENCIAS DE LA IRA.

Luciano habia obtenido de su padre que le cediese, para cultivarlo él mismo, un lugar en el jardin; y gozaba tanto con semejante ocupacion, que á ella dedicaba todo el tiempo que le permitian sus estudios.

Un día de primavera, al ponerse el sol y después de haber trabajado mucho tiempo, se sentó sobre la yerba, y contemplaba con placer y orgullo el fruto de sus afanes y fatigas.

La luna, que salia trayendo consigo el silencio interrumpido solo por el murmullo del riachuelo vecino, la frescura del aire que arrebatava á las flores su fragancia, el reposo y quietud en que entraba la naturaleza toda, tenian tan hechizado al joven jardinero, que no podia ni queria dejar aquel lugar.

Ocurríasele los mas tiernos pensamientos, y experimentaba su espíritu la tranquilidad y calma que parecian entonces disfrutar todos los seres.

Decíase á sí mismo: mañana voy á ofrecer á mi madre un hermoso ramillete de estas primicias de mi jardin, y cuando aquellos árboles produzcan, ofreceré sus frutos á papá, que me ha ayudado á plantarlos.

Al día siguiente se levantó muy de mañana, y dirigiéndose al jardin, encuentra abierta la puertecilla que el día anterior se habia olvidado de cerrar. Entra, y lo primero que ve es una gallina escarbandando con las patas la tierra de un cantero de flores.

¡Ah, pícaro! grita Luciano encolerizado, ahora verás; y diciendo y haciendo, le dispara una pesada piedra. Ella, despavorida, sale huyendo, y él la persigue arrojándole cuanto le viene á las manos. Trata el animal de volar por encima de la cerca, á tiempo que Luciano, armado de un palo, le dispara un golpe, que desmandado, cae sobre una planta destrozando varios ingertos. Más encolerizado aún, la acosa con furor, y ella busca asilo debajo de un rosal. Sacude Luciano el rosal con violencia para hacerla salir, y cae á tierra una lluvia de botones. La gallina sale cacareando, huye, revolotea, y sin aliento va al fin á refugiarse dentro del follaje de unos tulipanes y jacintos. Luciano, corriendo por sobre las lechugas y demas legumbres, no desmaya en la persecucion; pero la gallina, que le ve venir, mueve sus alas, y al hacerlo deshace flores y desparrama hojas; corre, vuela, y hallando abierta la puerta del jardin, escapa al fin por esta. Persíguela Luciano, y hubiera dado buena cuenta de ella, á no haber tropezado con su padre que salia en aquel momento al patio, para averiguar la causa de aquel ruido.

Al ver á su hijo con el palo en alto, encendido el rostro en ira y respirándola por los ojos, le pregunta: ¿por qué así tan airado con esa gallina, hijo mio?

LUCIANO.—Esa maldita me ha echado á perder todo mi jardin: lo ha puesto todo en el mas completo desórden.

EL PADRE.—Bien se me alcanza tu indignacion, hijo mio, pues sé por esperiencia propia cuán doloroso sea perder en un momento el fruto de muchos afanes y fatigas..... Vamos á ver, que tal vez el mal no sea tan irremediable.

(*Entran ambos en el jardin.*)

LUCIANO.—Mira, papá, este cantero.

EL PADRE.—Veo que con las patas ha abierto un hoyo: es probable que buscara algun gusanillo para

Quien quisiere tener prudencia sin que se la enseñen, acútese á sí primero en lo que hubiere de reprender á otros.

NIEREMBERG.

alimentarse. Pero de esas hojas, que están esparcidas por allí, no se han jamas alimentado las gallinas.

LUCIANO.—Ella se metió allí cuando yo la perseguía, y al salir.....

EL PADRE.—Ya... comprendo..... ¿pero esas lechugas y coles? Nadie sino tú pudo haberlas pisoteado de ese modo, y los demas estragos se deben, sin duda, á ese palo que aun tienes en las manos. ¿Qué ha hecho, pues, la gallina, hijo mio? Solo un pequeño hoyo, y no te ha echado á perder ni una sola flor. Pero dime: ¿cómo entró aquí ese pobre animal?

LUCIANO.—Ayer tarde me olvidé de cerrar la puerta, y.....

EL PADRE.—Mira, Luciano, cuán injusto es el que se deja cegar de la ira, pues acusa á los irracionales de lo que él solo ha tenido culpa.

LUCIANO.—Pero, papá, al ver á la gallina escarbar al rededor de esas flores que deseaba tanto ofrecer á mamá.....

EL PADRE.—¿Y quién te impidió, Luciano, realizar los deseos de tu buen corazon? ¿Quién ha privado á tu madre del placer que le esperaba, y á tí mismo de la parte que en ello te hubiera tocado? ¿La gallina?

Hijo mio, los arrebatos de la cólera son un obstáculo, muy á menudo, de las mejores intenciones, y bastan siempre para sofocar los mas nobles impulsos de nuestro corazon.

Luciano, desde aquel dia, viendo las huellas de su furor en el jardin, nunca entraba en él sin avergonzarse y rin recordar las palabras de su padre.

LOS VIAJES.

(FABULA.)

Un pescador, vecino de Bilbao, Cogió, yo no sé donde, un bacalao.

—¿Qué vas á hacer conmigo?

El pez le preguntó con voz llorosa.

Él respondió: Te llevaré á mi esposa:

Ella con pulcritud y ligereza

Te cortará del cuerpo la cabeza:

Negociaré despues con un amigo,

Y si me dá por tí maravédises,

Irás con él á recorrer países.

—¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pescado).

Y replicó el discreto vascongado:

¿Por esa pequeñez te desazonas?

Pues hoy viajan así muchas personas.

Maestro de sí mismo será quien las faltas ajenas tomare por espejo, para evitar ó reformar las propias.

NIEREMBERG.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO XI.

De los deberes de la hospitalidad.

(Concluye.)

VIII

Procuremos estudiar las costumbres domésticas de nuestro huésped, á fin de impedir que las altere en nada para acomodarse á las nuestras; sometiéndonos con este objeto á las privaciones que sean necesarias, y procediendo de manera que no lleguen á su conocimiento.

IX

Durante la residencia de un amigo en nuestra casa evitemos el invitar á nuestra mesa á personas que le sean enteramente desconocidas, con las cuales no sea oportuno ponerle en relacion, y sobre todo á aquellas que con él se encuentren desacordadas; á menos que respecto de estas últimas, y segun las reglas que espondremos mas adelante, nos sea lícito aprovechar esta coyuntura para promover una decorosa reconciliacion.

X

Es nuestro deber informarnos de los manjares que nuestro huésped prefiere, á fin de presentárselos siempre en la mesa; si ademas de las comidas que hacemos ordinariamente en el dia, acostumbra algunas otras, para que no las eche de menos en nuestra casa; y finalmente, si gusta de tomar frutas, dulces, ú otras golosinas, para que del mismo modo procuremos proporcionárselas.

XI

Hagamos de manera que nuestro huésped tenga en nuestra casa toda la libertad y desahogo de que debe gozarse en el seno de la vida doméstica; y no manifestemos nunca disgusto cuando por ignorancia ó defecto de educacion llegue á traspasar en este punto los límites que la etiqueta le demarca.

XII

Aunque nuestro huésped haya traído consigo los criados suficientes para el servicio de su persona, pongamos siempre los nuestros á su disposicion, y procuremos que sean estos los que con preferencia le asistan.

XIII

Los criados de nuestro huésped habrán de encontrar tambien en nuestra casa una benévola acogida: serán servidos por los nuestros en todo lo que necesiten: escusaremos ocuparlos en los quehaceres domésticos; y si alguno de ellos cometiere alguna pequeña falta, evitaremos cuidadosamente que llegue á oídos de su señor.

XIV

Si nuestro huésped se enfermase, consideremos que nada aumenta mas los sufrimientos de una enfermedad que la ausencia de la propia familia; y procuremos por tanto atenuar esta pena con cuidados de tal manera esquisitos y afectuosos, que no le permitan echar de menos los que recibiría de sus mismos deudos.

XV

Al separarse un huésped de nosotros le manifestaremos nuestra pena por su partida, y le escitaremos afectuosamente á que vuelva á usar de nuestra casa; acompañándole, si nos es posible, un rato fuera de la poblacion, ó hasta á bordo de su embarcacion, si hace su viaje por mar y vivimos en el mismo puerto de donde sale.

XVI

Si pasado el tiempo necesario para recibir una carta de nuestro huésped no llegásemos á recibirla, entonces le escribiremos nosotros, pues debemos suponer que él no ha podido hacerlo, ó que si lo ha hecho, su carta se ha extraviado.

Por debida tiene cada uno la honra, por repugnante el agravio; y mas se siente una injuria, que agradan muchas cortesías.

NIEREMBERG.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El fin mas alto de la educacion no es sobrecargar de ciencia estéril, sino el purificar y fortalecer los sentimientos morales.—LUCIANO.

El objeto de la instruccion y la educacion, no es solo una mera pretendida ilustracion, sino el iluminar el entendimiento; y no solo esto, sino tambien el mayor desarrollo posible de todas las facultades del alma.

La mera ilustracion, que era no hace mucho el único objeto de la educacion, es la cultura del entendimiento á espensas del alma entera; de ella resulta, bajo todos aspectos, una brillante *aurora boreal* sin ninguna vida real.

La educacion de todo el hombre intelectual, establece sobre él y en él, un sol que derrama en torno suyo, luz, calor y fecundidad.

En el período mas próspero de la Grecia, Homero era familiar para casi todos los Griegos.

Tenemos á Schiller, Goethe, Claudius, Upland, Rückert, y muchos otros cantores en el grado mas noble.

Procuremos hacer á nuestro pueblo semejante, al menos en parte, á los Griegos, en la familiaridad con sus poetas.

Las escuelas públicas deben formarse para alcanzar algo de este objeto. No puede faltarnos tiempo, pues que tenemos bastante para llenar la cabeza de los niños con los nombres de las montañas del Asia y de los monos del Brasil.—HARNISCH.

EL LOCO Y EL PERRO.

[FABULA.]

Roncando un perro estaba
De su dueña á los piés profundamente,
Cuando un loco truhan que le miraba
Dormir tan lindamente,
Una piedra cogió de enorme peso,
Y sin decir al can *allá va eso*,
Se la dejó caer sobre la frente.

—«¡Bárbaro! dijo el ama
Al ver escena tal: ¿qué mal te hacia
Ese pobre animal, por vida mia?»—

Y contestóle el loco: «fué un capricho,
Y una leccion tambien, tia estaferma:
Conque..... lo dicho dicho:
El que tenga enemigos, que no duerma.

Mas vale una injuria que una lisonja: ¿quién más te puede injuriar, que quien te engaña ó te priva de juicio?

NIEREMBERG.